

sio, nos ha dado excelentes paisajes urbanos y rurales del país, que no solo tienen un carácter artístico refinado y concienzudo, sino que constituyen verdaderos documentos históricos de inapreciable valor.

- “El Cuchitril”.—Las esculturas —pequeñas estatuillas en su mayor parte— de *Guillermo Toussaint*, hechas en diversos materiales, tienen entre sí diferenciaciones de estilo que desorientan un poco. Ciertas realizaciones en bloque cerrado y sobre todo algunos de los animales —vacas, caballos, un mono, etc.— demuestran que este escultor podría ser un magnífico animalista, entre otras cosas más afines a su temperamento.

- Galería Romano.—En homenaje a la memoria de *Leandro Izaguirre* (1867-1941) se exhiben algunos cuadros y dibujos de este noble pintor del siglo XIX (hay que considerarle así por sus tendencias técnicas y formales, sin duda alguna). Sobresale del conjunto su obra paisajística (acuarelas) clara, luminosa y fina. No es —no fué— feliz en sus escenas con figuras, demasiado académicas, demasiado duras, por no decir mediocres. En esta exposición se puede ver ésto en los cuadros sobre Cuauhtémoc y en aquellos “Desnudos al aire libre”. La “Cabeza de Hombre” que figura aquí en una pobre copia del estilo de Rivera.

- Casa del Arquitecto.—No están a la altura de las reproducciones arqueológicas que ha hecho —como las de los frescos de Bonampak y otras no menos bien hechas— los cuadros de paisaje del trópico y aquellos basados en formas precolombinas, no suficientemente utilizadas para un “desarrollo” original y vigoroso, que constituyen esta exposición de *Agustín Villagra*.

- Galería José Clemente Orozco.—Algunos paisajes y bodegones, más que las escenas con figuras humanas, han sido las cosas más notables de la exposición de *Concha Toussaint*.

- Galería Proteo.—Una joven norteamericana— *Marcia Marx Bennett*— que reside en México, exhibe por primera vez su obra. No obstante su diversidad, —que muestra claramente en una joven artista, como es ella, inquietud e indecisión entre varios caminos igualmente atractivos— se advierte en su técnica y en el carácter serio y de gusto de sus pinturas, orientadas de preferencia hacia una especie de expresionismo, madera de artista. Le auguramos un buen futuro a quien presenta esos “autorretratos” tan llenos de fuerza, sin concesiones preciosistas.

- Galería de la Escuela de Pintura y Escultura —Esmeralda 14—.Dedicada al pintor *Antonio M. Ruiz*, que fué director del plantel, los actuales alumnos han querido solemnizar la inauguración de nuevos locales modernos y amplios, con una exposición un poco “informal” a juzgar por la ausencia de cédulas y otras cosas en la instalación, de algunas obras de los maestros y de ellos mismos. Por primera vez se exhiben grabados de la clase de Alvarado Lang, algunos muy prometedores, como por ejemplo, los de *Jorge García*, *José Antonio Araujo*, *Zepeda*, *Aceves Navarro* y *Armando Garfias Isas*. Entre los envíos de los alumnos de pintura se han destacado *Gloria Iris Ayala*, *R. Ayala*, *Rodolfo Gudiño*, *R. Solís*, *Mario Orozco Rivera*, principalmente.

- Galería Havre. Un recién llegado a la república del arte —*Luis Filzer*— constituye, en realidad, uno de los acontecimientos de más relieve en esta temporada. Tiene un estilo vigoroso. Pinta con grandes pinceladas, de un neoimpresionismo técnico, escenas y figuras tomadas de la realidad o inventadas por su fantasía o por sus recuerdos, que caen dentro de maneras expresionistas. Descuellan en este grupo de obras, sus retratos y los paisajes de Europa y de México, así como las estampas de asuntos bíblicos y reales, tomados estos “in situ”, en sus viajes por la tierra de sus antepasados remotos, en Haifa y Jerusalem. Filzer emigró con su familia ucraniana, desde que tenía seis años —ahora anda en los treinta y tres años o menos— a México y tiene la ciudadanía de nuestro país. Ha estudiado en San Carlos y estuvo dos años en Francia e Italia, hace poco tiempo. Creo que tenemos en puerta uno de los pintores de México que más auténticas realizaciones de la escuela neorrealista ha de darnos en el futuro inmediato.

- Galería Ars.—Después de haber estado cerrada algún tiempo, esta galería exhibe ahora una curiosa colección de “bibelots” hechos por *Francisco Albert* y *Miguel Arenas*, con una utilización de formas de raíces o excrecencias vegetales y bronce, para producir estatuillas de animales, en su mayor parte, aves. Se trata de una forma, intrascendente, de aplicación industrial de materiales, con mayor o menor ingenio artesanal y cierta dosis de gusto, y nada más.

- Salón de la Plástica Mexicana.—Dos excelentes exposiciones de *Feliciano Peña* y *Celia Calderón de la Barca*. El primero ha acendrado aún más, si cabe, la luminosidad

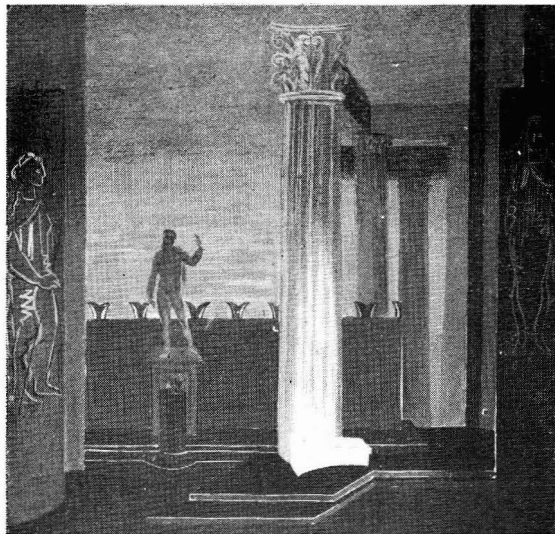
del ambiente en sus admirables paisajes, tan dentro de la noble tradición nuestra que arranca en Landeio y Velasco y se magnifica en Clausell, y en parte en Atl. La segunda muestra inquietudes y experimentos. Ya no está tan calado su estilo en Castellanos. Comienza a tener cierta continuidad su modo personal de dibujar y de pintar, aun cuando en esta técnica no se muestre muy segura aún, sobre todo en la elección de una paleta afín a su temperamento. Ambos artistas, como otros que les han precedido en el tiempo, toman para sus desarrollos pictóricos escenas del México del sureste, que han visitado recientemente.

- Palacio de Bellas Artes.—La Cámara Sindical del Libro Ilustrado, de París, representada por el señor Evrard de Rouvre, y la Embajada de Francia aquí patrocinan una interesante exposición — en es-

tos días— de libros franceses ilustrados, que se han publicado entre 1920 y este año. Descuellan el “Buffon”, el “Chef d’oeuvre inconnu”, de Balzac, “Góngora”, ilustrados por *Picasso*; los “Diálogos” de Luciano, y “Cuentos”, de Saroyan, con estampas del escultor *Henri Laurens*; “Pantagruel” y “El Satiricon”, con unos deliciosos “grotescos” de sabor prehelénico, del recientemente desaparecido *André Derain*: tres hermosos libros con ilustraciones de *Rouault*, entre ellos “Passion” de André Suarès; un “Lafontaine” con estampas de *Chagall*; “Pisiphæ”, de Montherlant, ilustrado por *Pierre I. Tremors*, muy en el estilo de Picasso. Figuran también *Maillol*, *Dufy*, *Matisse*, *Marquet*, *Alix*, etc. Hay un libro de poesía de Benjamín Peret ilustrado por *Tamayo*, y el álbum conocido de paisajes mexicanos de Robert Block.

TEATRO

SOFOCLES



Proyecto de la escenografía

EN LA UNIVERSIDAD

Por Francisco DE LA MAZA

ES no sólo un descanso y un aliento, si no una necesidad, volver de vez en cuando al mundo clásico, al mundo de la forma y la belleza helénicas para que su ambiente y su recuerdo sature de fuerzas nuevas nuestra modernidad. Después de muchas, muchas comedias actuales, mexicanas y extranjeras, unas magníficas y otras medianas, se imponía un teatro diferente, viejo y nuevo a la vez, que nos desligara un poco, no del drama del hombre, que es el mismo siempre, si no de nosotros mismos, o más bien, de nuestro sentido del drama, de nuestra

expresividad estética del teatro.

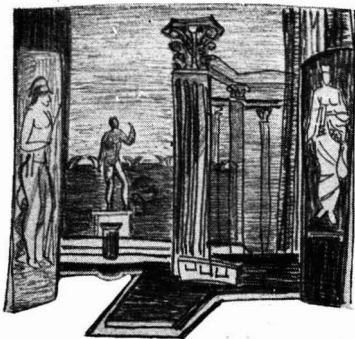
Cierto es que sigue siendo válida y lo será, la sentencia de Sófocles: “No digáis jamás que un hombre nacido mortal llega al término de su vida sin haber sufrido”, pero hasta en el dolor hay matices, como en el llanto o en la risa. Y cada época ha sufrido y gozado de manera diversa.

¡Qué oportunamente el Teatro Universitario ha llegado para relevarnos de nuestra domesticidad, llevándonos a Grecia, al poner en escena el *Edipo Rey*, del más lírico y fino de los dramaturgos griegos! Lo que en Grecia fué espanto-

sa tragedia, luego convertida en obra de arte, es decir, el incesto, ahora es análisis psiquiátrico; el drama actual no ha conseguido darle categoría de obra de arte; la novela y la pintura se han encargado de ello. Y cuando el teatro ha intentado hacerlo, la grito de los filisteos le impone restricciones. ¿Será que nos falta ese fondo moral que establecía el teatro griego? Pero, en todo caso, si no lo acusamos, es que no lo tenemos. Mas quede esto aparte para hablar, en bien y en mal, del *Edipo Rey* del Teatro Universitario, elogiando de paso a su director artístico, Carlos Solórzano, por su elección de la tragedia de Sófocles.

Lo primero que se lleva la atención del espectador inteligente de una obra de teatro, es su escenificación. Ella predispone a escucharla con más o menos emoción. Claro está que acaba por disolverse esta primera impresión, pues si a una mala escenografía corresponde una excelente dirección, casi logra borrarse de la retina el aparato visual de fondo para recogerse el ánimo en lo oído,

recieron en escena? El Apolo no es tal, si no el Apoxiomenos de Lisipo; la Palas Atenea y la Artemisa, que están pintadas en forma que ni es realista ni estilización se nos vienen encima por su tamaño, ¿para qué este esfuerzo y este alarde si en el teatro griego todo está en



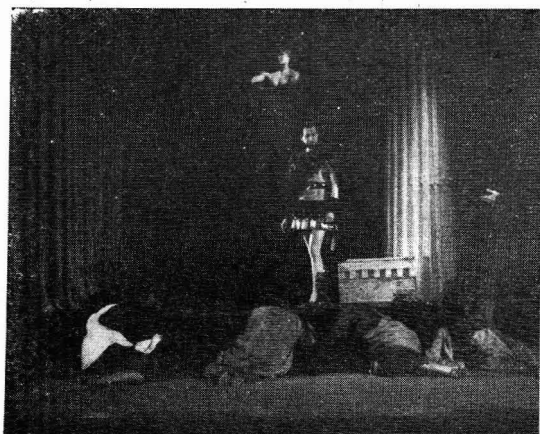
las palabras más que en el ambiente? Y peor es el vestuario, por ostentarlo los protagonistas: los coros son unas especies de magos orientales, con túnicas cafés y verdes, lo más lejos de las plegadas y ligeras túnicas de los griegos; lo único que les da apariencia de teatro



...Ni realismo ni estilización...

clásico son las máscaras. Los personajes principales: Edipo, Creón, Yocasta, llevan trajes demasiado recargados de colores. Los mejor vestidos son los guardias, excelentes figuras decorativas, tanto los hieráticos del fondo como el que comenta la muerte de Yocasta. ¡Y nada en blanco, como si no tuviéramos los ejemplos de las pinturas pompeyanas y los propios vasos griegos! Y a este propósito hay que recordar que bien vimos no hace mucho un antecedente admirablemente resuelto, si bien para ballet, en el *Agamenón* de José Limón: gris, blanco, negro, ropas ligeras.

Por otra parte, la dirección escénica de Francisco Petrone es excelente; hace olvidar su faldellín café y su capa roja y los hábitos asirios de los coros. No hay gritos ni exageraciones inútiles o baratas y logran los actores actuar con toda dignidad sin menoscabo del interés, para ellos y para quienes escuchamos, de lo que están diciendo. Hasta el mismo Petrone,



La dirección de Petrone fué excelente

vivido y sugerido de la obra escrita. O viceversa, una hermosa escenografía no disculparía jamás una torpe actuación ni compondría una mala obra. Lo mejor sería que todo fuera adecuado y perfecto... como si esto fuera humanamente posible.

En el caso de *Edipo Rey*, Miguel Prieto no estuvo feliz. Se comprende la dificultad de crear un escenario para el teatro clásico, pero creo que debieron tenerse en cuenta ciertas características históricas, por una parte, y por otra, recordar que cuando no tenemos los elementos suficientes, la salida única es la sencillez, lo rudimentario, lo sutil. Los teatros griegos eran al aire libre, sin decoraciones, ¿por qué aquí abrumarnos con una enorme columna corintia —la menos usada por los griegos— y poner, en escultura y pintura, a los dioses, si éstos nunca apa-



Diseños de vestuario de Miguel Prieto

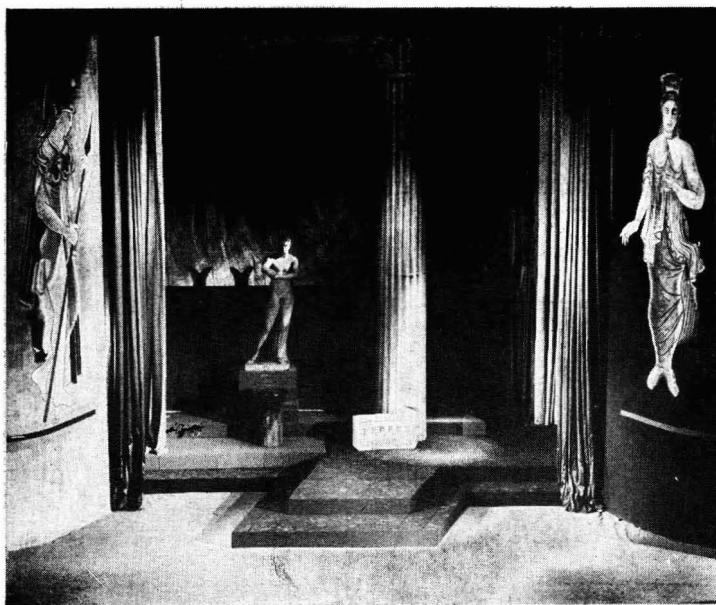


actor de primera, llega a cierta frialdad, muy preferible, no sé si por temor de exaltar más allá de lo debido su tremendo y bien llevado papel. Logra Petrone una medida en los movimientos de los actores —salvo el Corifeo— y un ritmo en la acción realmente ejemplares. Y me refiero al Corifeo, que encarna Ricardo Fuentes, porque es una lástima que un actor entusiasta, con tan buenas dotes, voz magnífica y clara dicción como Fuentes, se dedique a hacer coreografía en todo el escenario. Parece que le fué encargado diluir un poco el estatismo de la obra, pero, sinceramente, pasó a actitudes melodramáticas de ballet que

no le corresponden. Los coros se mueven con mejor acierto, salvo algunos momentos, como ese en que ponen cabeza con cabeza como en el momento inicial del futbol americano.

Tampoco es debida la forma de comenzar la tragedia con esos mendigos harapientos untados en el suelo a la oriental. Esos, a quienes dice Edipo: "Oh hijos, nueva raza del antiguo Cadmo" ¿pueden estar representados por una especie de apestados a la usanza de la pintura romántica "histórica"? "Prosternarse", verbo que emplea Sófocles, no es revolcarse en el suelo y luego salir de escena como caravana de paralíticos. Detalles hay también, si bien insignificantes, que hay que corregir, como el que Creón conserve toda la tragedia la corona de laurel que sólo debe traer como mensajero del oráculo de Delfos.

Mas fuera de esto, todos y cada uno de los actores merecen nuestro aplauso, además de



...escenografía realizada...

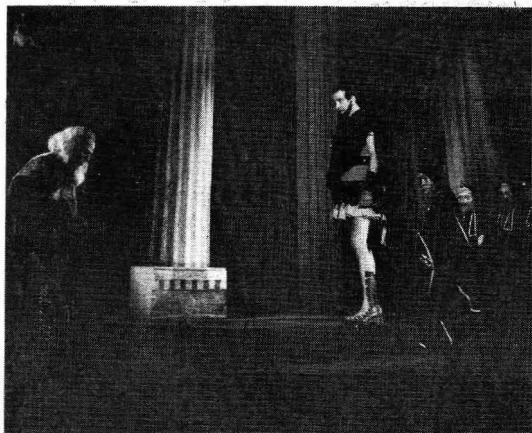
Petrone. El Creón es Angel Merino, lleno de compostura y serenidad. Hortensia Santoveña, la Yocasta, trágica y alucinada, sin poder hacerlo mejor, tal vez por la funda de almohada con que la vistieron. Enri-

que Indiano y Yeyre Beirute muy dignos en sus papeles de ancianos. Así también Landa, a pesar de su corto papel, y Alvaro Matute, que sabe bien pasar de un convencido fascinero o galán cinematográfico-

co, a un noble pastor corintio. Luis Lomeli extraordinario en su pequeño pero difícil parlamento, tan importante en la obra, de cuya buena o mala exposición dependen los efectos finales de la tragedia. El joven David Hayat, a quien inventaron de lazarillo, pues que yo sepa no se le ocurrió a Sófocles, sale tan compungido y con un increíble traje azul rabioso, que distrae la espléndida escena final. Es mucho más dramático y teatral la soledad del Edipo ciego en la escena, quien, al final de su terrible monólogo, es conducido por el propio Creón.

Estas observaciones, que no son de un crítico "profesional"—y por ello más desinteresadas, más auténticas y hasta tal vez más válidas—pero sí de un historiador, son con el fin único de mejorar el ya maduro y bien trazado Teatro Universitario, que está cumpliendo su verdadero papel poniendo en escena obras de carácter universal, sin ridículos nacionalismos.

Hacer buen teatro, de todas las épocas. Presentar obras diferentes a las que se ponen en todos los teatros y teatritos de México. Lograr todo el decoro posible. Entusiasmar a los jóvenes estudiantes ante un espectáculo que sea goce y ejemplo. Destacar futuros actores. Conocer, en fin, el arte dramático, es la cima a la que debe llegar, si es que no está ya en ella, el Teatro Universitario.



...llevan trajes demasiado recargados...

EL año de 1954 fué pródigo en conciertos, aunque no siempre hayan sido de la más alta calidad. La presencia de algunos intérpretes eminentes no lograron darle a la temporada musical el nivel que deseáramos para nuestra ciudad, ya que unas cuantas individualidades valiosas no pueden formar un todo orgánico, una vida musical completa; faltó, por ejemplo, la espectacularidad de la ópera que, por su carácter híbrido, parece darle cuerpo y fachada a la atmósfera excesivamente transparente de la música. Las instituciones oficiales y las asociaciones civiles se esforzaron, como siempre, en ofrecer el mayor número de conciertos, única forma quizás de conseguir algún día que ese titánico esfuerzo no sea ya necesario, y el nivel a que se aspira fluya con naturalidad. Se distinguieron en esta labor además del Instituto Nacional de Bellas Artes y las escuelas oficiales de música, la Asociación Manuel M. Ponce, la de

LA MUSICA

LOS SEIS ULTIMOS MESES DE 1954

Por Salvador MORENO



Ramón y Enrique Serratos



María Bonilla

Concertistas Mexicanos, las de Cámara de México y San Angel, la Daniel y el Instituto

Mexicano-Norteamericano de Relaciones Culturales. En otro número de esta revista, hicimos

ya un balance de la primera mitad del año; ahora, pues, nos referiremos a los seis últimos meses de 1954.

• JULIO. Coincidiendo con este mes, llegaron a su clímax las actividades musicales de la ciudad de México. Se distinguió, en primer lugar, la pianista María Teresa Rodríguez en sus tres recitales de la Sala Ponce. Michel Block en el suyo, que fué el último de la serie de la Asociación Manuel M. Ponce. Otros pianistas distinguidos fueron: Sulamita Koenigsberg, Rafael Borges, Silvia Ortega y la norteamericana Miriam Wagner. La soprano Ernestina Perea, los violinistas Enrique Serratos, en la Sala Grande de Bellas Artes, acompañado por Ramón Serratos, actual director de la Escuela Nacional de Música y Hermilo Novelo (acompañado por José de Jesús Oropeza). El violoncellista Guillermo Helguera, en la misma sala, acompañado por Salvador Ochoa. La Orquesta Sinfónica de la